

RAMSÉS II

SANTIAGO MORATA

RAMSÉS II
El último gran faraón



Consulte nuestra página web: <https://www.edhasa.es>
En ella encontrará el catálogo completo de Edhasa comentado.

Diseño de la sobrecubierta: 

Primera edición: febrero de 2026

© Santiago Morata, 2026
© de la presente edición: Edhasa, 2026

Diputació, 262, 2º1^a
08007 Barcelona
Tel. 93 494 97 20
España
E-mail: info@edhasa.es

Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización escrita de los titulares del *Copyright*, bajo la sanción establecida en las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares de ella mediante alquiler o préstamo público.

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra o entre en la web www.conlicencia.com.

ISBN: 978-84-350-6078-3

Impreso en Liberdúplex

Depósito legal: B 747-2026

Impreso en España

*A mi Nefertari y mi Isis-Nefret.
Mi gran esposa, sin títulos ni ornamentos divinos.
Mi Patricia.*

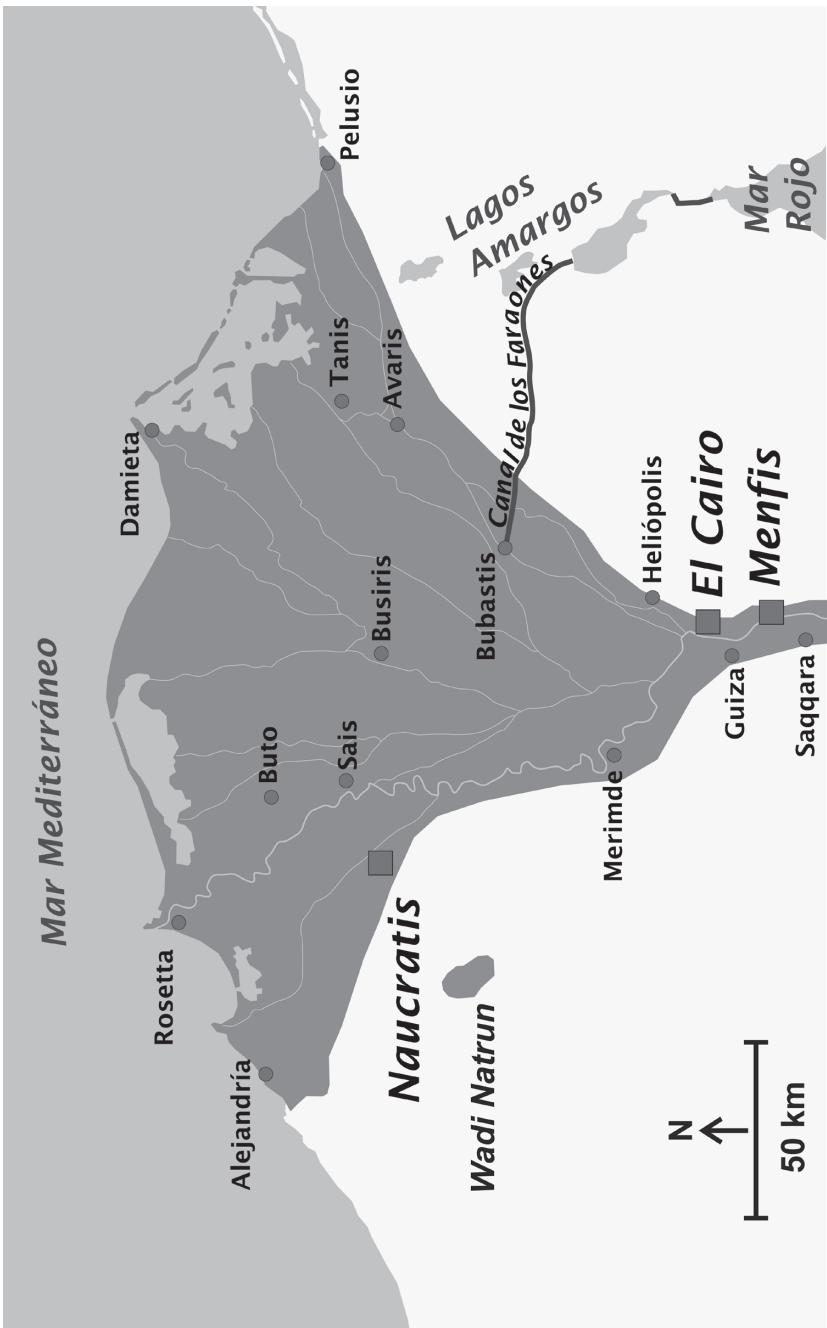
ÍNDICE

Mapa El antiguo Egipto	11
Mapa El canal de los faraones	12
Árbol genealógico	13
<i>Dramatis personae</i>	15
CAPÍTULO 1. Horemheb	19
CAPÍTULO 2. Seti	47
CAPÍTULO 3. Nefertari	105
CAPÍTULO 4. La prueba	123
CAPÍTULO 5. El trono	159
CAPÍTULO 6. El hitita	225
CAPÍTULO 7. Kadesh	249
CAPÍTULO 8. Los templos	315
CAPÍTULO 9. La paz forzada	349
CAPÍTULO 10. El éxodo	401
CAPÍTULO 11. Un nuevo orden	453
CAPÍTULO 12. El tratado	493
CAPÍTULO 13. Regreso a Abu Simbel	507
CAPÍTULO 14. El reencuentro	523
CAPÍTULO 15. Isis-Nefret	545
CAPÍTULO 16. EL OCASO	557
Nota histórica y aclaraciones del autor	569
Agradecimientos	573

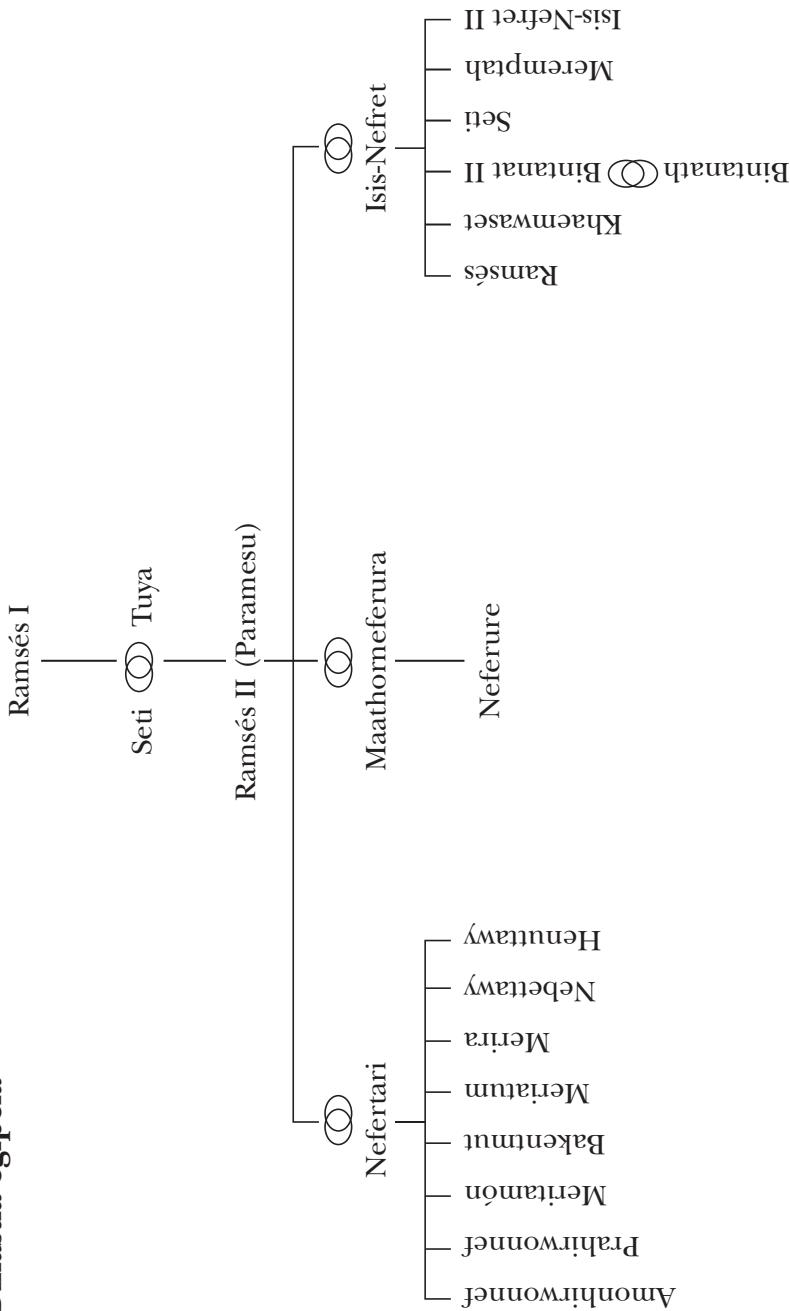
EL ANTIGUO EGIPTO



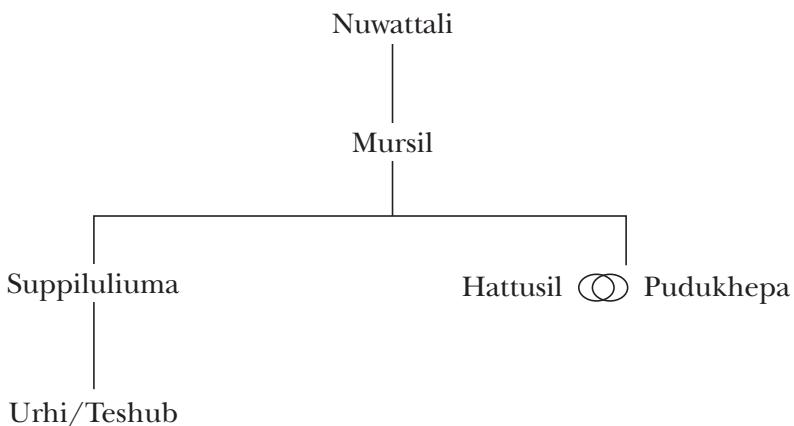
EL CANAL DE LOS FARAONES



Dinastía egipcia



Dinastía Hatty



DRAMATIS PERSONAE

Akhenatón: faraón de la XVIII dinastía, también conocido como Amenofis IV, marido de Nefertiti.

Nefertiti: esposa de Akhenatón.

Tutankamón: hijo de Akhenatón, antes conocido como Tutankatón.

Ay: vizir de Akhenatón, que ocupó el trono a su muerte.

Horemheb: general de los ejércitos de Akhenatón y Ay, que ocupó el trono a la muerte de Ay al morir éste sin descendencia.

Paramesu / Ramsés I: general de Horemheb a quien designó como heredero al no tener descendencia, iniciando así la XIX dinastía.

Sitre: esposa de Ramsés I.

Seti I: hijo de Paramesu / Ramsés I, padre de Ramsés II.

Tuya: esposa de Seti y madre de Ramsés II.

Paramesu / Ramsés II: hijo de Seti y Tuya, nieto de Ramsés I.

Nefertari: gran esposa real de Ramsés II.

Isis-Nefret: segunda esposa real de Ramsés II.

Tiia: escriba de la mesa del rey de Seti y preceptor de Ramsés II. Casado con su hermana Hentmira.

Hentmira: hermana de Ramsés II.

Muwattali: emperador de Hatti.

Mursil: hijo de Muwattali.

Suppiluliuma: hijo de Mursil.

Hattusil: hermano, visir y general de Suppiluliuma.

Pudukhepa: esposa de Hattusil.

Urhi-Teshub: hijo de Suppiluliuma, sobrino de Hattusil.

Benteshima: rey de Amurru.

Amigos de Ramsés

Imenimepet: criado con Ramsés II. Arquitecto, copero, escriba real, amigo de Ramsés II.

Moisés: amigo de Ramsés II. Criado con él. Escriba de intendencia.

Taa/Pariamakhu: médico de Ramsés II. Criado con él. Asesino.

Yupa: hijo de Urhiya, general de Ramsés II. Amigo y criado con él, general.

Amoneminet: amigo, criado y consejero de Ramsés II. Jefe de espías. De origen judío.

Asha-Hebsed: general del ejército de Ramsés II.

Bakenkhonsu: criado con Ramsés II. Sacerdote.

Nebunenef: gran visir de Seti y Ramsés II. Padre de Paser.

Paser: criado con Ramsés II, amigo personal y gran visir.

Menna: criado con Ramsés II, portador del escudo.

Amonwahsu: criado con Ramsés II, escriba real.

Hori-Min: chambelán y encargado del harén de Seti y Ramsés II.

Iuny: visir del sur de Ramsés II.

Hijos de Ramsés (entre otros)

Amonhirwonnef: primer hijo de Nefertari, heredero real. Luego, Amonhirjopshef, luego Sethirkhopsef.

Ramsés: primer hijo de Isis-Nefret.

Prahirwonnef: segundo hijo de Nefertari.

Khaemwaset: segundo hijo de Isis-Nefret. Favorito de Ramsés.

Mentuherkhepesef, Nebenkharu, Meriamón, Sethemwia, Seti, Horhewennef, Setepenre, Merira, Nebtaneb, Amenhotep, Meritamón, Meriatón.

Meremptah: futuro faraón de Egipto.

Meryra, Amenemopet, Ramsés-Merenra, Tutmosis, Simentu, Mentuemwaset, Siamon, Mentuenheqau, Astarteherwenemef, Geregtawy, Merymonthu, Neben,

Ramsés-Pare, Ramsés-Maatptah, Ramsés-Meryseth, Ramsés-Paitnejer, Ramsés-Siatom, Ramsés-Sikhepri, Ramsés-Userkhepesh, Ramsés-Userpethi, Seshnuesem, Sethermnakht, Wermaa.

Hijas de Ramsés (entre otras)

Bintanat, Bakentmut, Meritamón, Nefertari, Nebettawy, Isis-Nefret, Henuttawy, Werenra, Nedjemmut, Pipuy.

CAPÍTULO 1

HOREMHEB

Año 1297 a. C.

Año 7 de la vida de Ramsés/Paramesu

Año 22 del reinado de Horemheb

Aquél no era un día corriente. No lo era en absoluto. Iba a conocer al faraón.

Horemheb el Grande.

Desde antes del alba se retorcía en su estera junto a las camas de sus compañeros del kap, a los que no había dejado dormir. Tomó su desayuno a toda prisa y se vistió sin ser consciente de sus movimientos. Su cabeza estaba en otra parte. Junto a su abuelo, el visir real, el hombre con la responsabilidad de guiar el reino. Era costumbre recibir el nombre del abuelo y él lo llevaba como una condecoración.

Paramesu.

Tanto en la Casa de Vida o en el kap, donde había cursado sus estudios mucho más adelantado que el resto, como más tarde, cuando le asignaron preceptor privado, había escuchado historias que hablaban de las victorias del faraón sobre sus enemigos o repartiendo justicia y bendiciones por las Dos Tierras. Historias que su imaginación, fértil como el lodo de las inundaciones, estiraba y amasaba; historias que recreaba con figuritas de arcilla que representaban al faraón y a los enemigos hititas, beduinos, rebeldes nubios, rudos

hombres del desierto y colosos de países extraños y colores de piel inauditos. Cuando los demás niños haraganeaban, él sólo pensaba en cuándo le confiaría su preceptor el uso del cálamo, pues el estudio de escriba era lo que lo separaba de la instrucción militar, lo que más ansiaba.

Había pensado que Tiiá, hijo de Amonwahsu, escriba de la mesa del rey, sería menos estricto que los otros maestros, al estar casado con su hermana Tia, pero resultó ser justo al contrario. La responsabilidad de instruir al primogénito del nieto favorito del visir, tal vez un día señor de las Dos Tierras, junto con la enorme confianza recibida, no sólo por su matrimonio sino por el encargo, hacían que se empleara doblemente en inculcarle la letra. Se decía que la oreja está en la espalda.

Y no es que le importara. Se aplicaba más que cualquier niño. De hecho, le molestaba que lo tratasesen como a uno. Y apenas se había llevado algunos pescozones de su preceptor. Odiaba a los niños holgazanes rebeldes ante su destino, muchos de ellos hijos de escribas y funcionarios que no querían ocupar el lugar de su padre, embobados ante la vida fácil que parecían llevar siempre los demás.

No.

Le habían inoculado la idea de que se hallaba en la mejor escuela del mundo y debía corresponder a esa confianza esmerándose en aprender, para algún día aplicar ese conocimiento donde fuera que lo llevase la vida.

Había vivido una infancia feliz, sin obligaciones ni responsabilidades, puesto que no era el primogénito, sino el segundón con tres hermanas, pero eso había durado poco. Su hermano Nebenjaset murió muy niño y, aunque todo cambió, ya que inmediatamente se vio rodeado de atenciones y maestros que no había tenido antes, no le había costado adaptarse, dado su carácter inquieto, su inteligencia, pero sobre todo su obsesión.

Él quería ser lo que su padre y su abuelo.

Soldado. Conductor de carros y jefe de arqueros. Su madre le contaba una y otra vez cómo el corazón le dio un vuelco cuando conoció al capitán de carros Seti, el que mejor conducía, el más apuesto, con su pelo rojo y su porte noble, por mucho que su familia fuera plebeya...

Él era totalmente ajeno a los rumores que lo situaban en una posición ventajosa en el juego del poder de Menfis y Tebas. No concebía ambición alguna, salvo la de comandar su propio carro.

—Paramesu.

Su madre lo sacó de su ensueño, sorprendiéndolo con una leve sacudida. Había venido a buscarnos al kap en aquel día tan especial. Agitó la cabeza con furia. Odiaba distraerse. Tuya lo miró, entre divertida y molesta. Pareció vislumbrar en sus pensamientos que algo le inquietaba.

—No tengas demasiada prisa por hacerte mayor, mi vida. Entonces añorarás los juguetes que no has usado. Y ten mucho cuidado. No conviene airar al faraón.

Paramesu compuso una expresión más grave. No quería que su madre escrutara en su interior y se diese cuenta de que estaba aterrorizado. No se le escapaba una.

—No te preocupes, madre, que nada malo me va a ocurrir.

Tuya frunció el ceño. Pensaba que era demasiado niño para pensar como un adulto, y a Paramesu le constaba que su oposición a su marido Seti era notoria en ese aspecto. Sabía que le había afectado casi hasta la locura perder a su primer hijo Nebenjaset, que murió muy joven y fue borrado de los registros para presentarlo a él como primogénito, y no como segundón.

A su madre le aterraba pensar que pudiera perderlo, y no quería que lo abrumasen con demasiados estudios. Por eso la sorpresa fue mayúscula cuando vio que no sólo asimilaba sin dificultad las lecciones, sino que reclamaba más y superaba grados y niveles.

La miró con cariño mientras ella peinaba sus cabellos rebeldes, aunque solía ponerlo en evidencia delante de sus amigos. Era una mujer notoriamente inteligente, cuyas opiniones escuchaba su marido, el gran visir Seti. Paramesu pensaba que el éxito de su padre, amén de ser el favorito de su abuelo, soldado impecable y trabajador incansable, radicaba en los consejos de aquella mujer tan bella y de mente tan astuta como una serpiente. De hecho, Seti la llamaba así, cariñosamente.

—¿Vamos?

—Espera. Los chicos aún no están listos.

Su madre dio un respingo.

—¿Cómo los chicos? ¡Hay cientos de niños en el kap!

Se echó a reír.

—¡Madre, por favor! Ya sabes a quienes me refiero. Son muy pocos.

Tuya se tranquilizó. Por supuesto que lo sabía, pero era un día tan extraño que los nervios estaban a flor de piel.

—Sabes que ellos no están invitados.

—Merecen estar a mi lado. Es un día muy especial. Comprendo que no entrarán conmigo, aunque sería lo propio, pero por lo menos deja que nos acompañen. Esperarán fuera y verán el palacio... Se lo prometí... ¡Por favor!

Abrió la boca para oponerse, pero al verlo en actitud tan graciosa, pidiendo como un niño a su madre, cuando era un papel que no solía adoptar, recordó lo que acababa de decirle. Sonrió y asintió con la cabeza.

—De acuerdo, pero irán en otro palanquín. Con nosotros sólo puede venir uno.

—¡Imenimepet!

—De acuerdo.

Tuya sonrió ante el entusiasmo juvenil. Alentaba sus iniciativas, porque la unión de esos chicos era algo más que una amistad conveniente.

Paramesu corrió hacia el interior del kap. Había preparado concienzudamente la encerrona a su madre y sus amigos estaban listos, desayunados y aseados.

Todos salvo Imenimepet.

—¿Dónde está? —preguntó. Si algo salía mal, su madre los dejaría en el kap.

—No lo sé —dijeron, mirándose unos a otros.

El niño apretó las mandíbulas y cerró los puños.

—Está bien. Iré a buscarlo. No os mováis de aquí.

Hizo una seña a los guardas que lo custodiaban. No se iba a ir sin su amigo. Uno de los guardias accedió con un gruñido.

Corrió por las estancias, buscando en los lugares donde Imenimepet solía esconderse, hasta que se encendió una luz en su conciencia.

¡Los perros!

Le encantaban los animales y los guardias habrían dejado sus perros atados en el puesto de control, pues no los llevaban.

Corrió hacia la estancia anexa a un pequeño patio, donde escuchó unos gruñidos animales.

«¿Los está provocando? No es propio de él», pensó.

Al acercarse, los ruidos se aclararon. No parecían gruñidos de rechazo, sino mordiscos... ¡Y gemidos de un niño!

Corrió con el corazón desbocado y al torcer la esquina se encontró a su amigo envuelto en una maraña de golpes, mordiscos y araños contra un enorme perro guardián. Vio que la correa se había roto.

—¡Seth bendito!

Miró a su alrededor. No tenía armas, salvo las varas de los guardias, que estaban apoyadas en un muro. Corrió hasta allí, golpeó una con la planta del pie y la rompió por la mitad. Ya tenía dos armas con la punta astillada.

—¡Socorro! —gritó el chico.

Había sangre en el suelo y su amigo luchaba como podía, intentando alejar al animal de su garganta. Paramesu midió su salto y, en el momento oportuno, se lanzó hacia el cuello del perro y le clavó el asta. No acertó, aunque le causó una fea herida.

El perro abandonó su objetivo y se puso en guardia, tieso, contra él.

Paramesu no se amilanó. Esperó el ataque con su otro pedazo de vara en la mano, y cuando el can saltó hacia él, lanzó una estocada hacia el hocico que lo hizo gemir de dolor, aunque el animal enseguida se revolvió de nuevo. Sus ojos estaban inyectados en sangre y lo miraba fijamente.

Paramesu sintió miedo. El golpe anterior le había arrancado el palo de la mano y ahora no tenía más armas que sus brazos.

El perro tensó sus músculos, listo para saltar...

Y en ese instante cayó atravesado por una lanza corta.

El guardia había acudido al fin.

Suspiró ruidosamente y corrió hacia su amigo. Su piel estaba surcada de araños y en su mejilla había un corte feo que sangraba abundantemente. Mientras acudían más sirvientes, rasgó un pedazo de su propio faldellín para contener la sangre.

-¡Que venga el médico!

Enseguida llegó y atendió al herido. Su madre también llegó, sofocada.

-¿Qué ha pasado?

Paramesu miró al guardia.

-No es su culpa. Mientras buscaba a Imenemipet, el perro me ha visto y se ha vuelto loco. A fuerza de tirones, ha roto la cuerda y me ha atacado. Si no es por mi amigo, que me ha salvado apartándome de él y llevándose la peor parte, no sé qué hubiera ocurrido.

Su madre miró al guardia, que calló prudentemente, y a Imenemipet, mientras el médico buscaba en su bolsa.

—¿Estás bien?

—Er... Sí. Sólo son rasguños.

La mujer pareció dudar de la veracidad de la explicación, pero finalmente sacudió la cabeza.

—Tenemos que irnos. Tu amigo se queda.

—¡No! —Miró al médico—. ¿Verdad que está bien?

El médico levantó un hilo y una aguja, encogiéndose de hombros.

—Tengo que coser la herida de la mejilla. Será doloroso.

—¡Pues nos esperamos! Imenemipet es muy valiente y aguantará bien.

El pobre asintió, aunque su expresión parecía no corresponder con la seguridad de su amigo. Tuya terminó asintiendo, visiblemente contrariada.

Imenemipet apenas gimió mientras el médico lavaba la zona con natrón diluido en agua y le cosía la herida, que dejó cubierta por una pomada de jugo del aloe. Los sirvientes, mientras tanto, limpiaron sus cuerpos a toda prisa con unas esponjas húmedas, para desesperación de la madre de Paramesu.

—¡Llegamos tarde!

La mujer lo acompañó al palanquín tras pedir otro para el resto de los niños, que saltaban alborotados, despidiendo a los sirvientes tras asegurarse de que espolvorearan una mezcla de natrón, pescado seco desmenuzado y semillas de cebolla en la base de la tapia que circundaba el kap. Aquel año las serpientes abundaban, ya que la vieja Menfis rebosaba de ratas en los tiempos de prosperidad, y aunque algunos soldados las amaestraban para controlar las alimañas, a Tuya le asqueaban las culebras, por mucho que fueran animales de Seth, el dios patrono de su marido. Además, gustaba mantener activos a los sirvientes y recordarles que algo se les había pasado por alto.

Mantuvo su fachada hierática hasta que montaron en el palanquín.

—¿Por qué has mentido, hijo?

Paramesu se encogió de hombros y sonrió.

—No quería que echasen a Imenemipet del kap. Es mi amigo.

—No deberías mentir. ¿Qué ha pasado?

El pobre Imenemipet no podía encogerse más.

—Me acerqué al perro. Me gustan y creía que era amistoso...

—¡Son perros de guarda! No de compañía. ¿Y no te han enseñado que no hay que sonreír a los animales salvajes? Los dientes son un desafío, no un saludo amistoso.

—Lo siento.

—Seguro que lo vas a sentir. Eres un niño muy guapo y la cicatriz que te va a quedar te recordará tu error. —Volvió a encararse con su hijo—. ¿Y tú por qué te expones de ese modo?

Paramesu se enfadó.

—¿Y por qué no habría de hacerlo? ¿Es que no haría lo mismo él por mí?

—Sí, pero...

Tuya calló. Iba a decir: «Imenimepet no será faraón y tú sí».

En cambio, compuso la expresión más fiera que encontró.

—¡Ya encontraré la manera de castigaros por demoraros en un día tan importante! Y ese guardia ya puede ir encaminándose al desierto.

Paramesu sabía que su madre no cumpliría la amenaza, al menos la que les afectaba a ellos, y sonrió a su amigo, olvidando el asunto y mirando por la ventana. Al fin y al cabo, no tenían muchas oportunidades de salir del kap.

* * *

Se propuso disfrutar de cada segundo de aquel exótico día y saboreó la mañana como si fuera un regalo del mismo Ra. Odiaba tener que apretarse contra su madre en aquel cuárculo de madera policromada y forrada de telas y cojines donde ella aprovechaba para besarlo. Aquél no era su mundo, y por más que protestaba, ella siempre le respondía que cuando fuera mayor ya decidiría por sí mismo. Mientras tanto, debía comportarse como lo que era... ¡Siempre la misma perorata!

Pero esa mañana no le importó que lo llevaran cuatro criados bañados en sudor por el insoportable calor de Memphis, y apartó como pudo los velos que cubrían el palanquín para degustar el mundo prometedor que se le abría. Hubiera querido visitar barrios más pobres, donde los colores rebosaban, los olores de los mercados y las tiendas evocaban tierras exóticas, y los hombretones que custodiaban a los visitantes adinerados les sugerían aventuras dignas de los cuentos de las primeras dinastías... Sin embargo, con tal de salir se conformaba.

Pasaron por amplias arterias limpias de mercaderes y por mansiones de ensueño que querían destronar en lujo y grandiosidad a los propios palacios, con columnas coloridas rematadas en capiteles con forma de lotos que parecían a punto de reventar con el calor; por avenidas custodiadas por esfinges, gatos, carneros, toros o leones a los que saludaba mientras jugaba con Imenimepet. Su madre sonrió, sin duda alegre al apreciar al fin un resquicio de niñez en él.

Pero al acercarse a Palacio, las ganas de broma fueron derivando en un creciente respeto. Su madre le acarició el rostro y lo besó, y él estaba tan ensimismado que no se revolvió al gesto de cariño como acostumbraba.

—¿Estás nervioso, mi vida?

—No. No tengo por qué, aunque se me ocurre que éste no es mi sitio.

Tuya se estiró sobre el asiento y sus cejas se arquearon.

—¿Y eso?

El pequeño torció el gesto.

—Ya sé que esperas que me integre en ese ambiente, pero si padre escogió una casa sin lujos para nosotros cuando tenía acceso a un palacio..., ¿por qué iba yo a querer semejante despilfarro?

Su madre siempre se sorprendía por la facilidad de palabra de su hijo, que ya superaba como orador a su yerno, el preceptor de Paramesu, y pronto lo haría como escriba.

—Tu padre es un soldado. Tenemos la suerte de que el abuelo sea visir. Tal vez Seth nos honre un día con una nueva función, y en consecuencia con una casa más lujosa. Y tendrás que acostumbrarte a vivir en ella, pues todo va aparejado, lo positivo y lo negativo. —Su sonrisa se torció. Apenas veía a su marido, y su posición creciente como general lo ponía con demasiada frecuencia en situación de peligro. Paramesu lo sabía y acarició la mejilla de su madre, que besó su mano.

—Tal vez no para mí, madre, pero tú mereces el más lujoso de los palacios.

—No seas zalamero. —Luego miró a Imenemipet—. ¡Y tú no te rasques las heridas!

Sin embargo, sonreía levemente.

* * *

El resto del viaje lo hicieron en silencio, una emocionada, el otro ensimismado, hasta que el palanquín se detuvo y Paramesu saltó como un gato enjaulado que se libera, harto del vaivén, y su amigo lo siguió con no menos energía, haciendo que el palanquín se elevase un palmo y casi hiciese caer a su madre.

Dejaron el vehículo real, cortesía del faraón, y Tuya los apremió mientras agitaba su abanico. Estaba deseando en-

trar a refrescarse. Se hallaban frente a un inmenso palacio, no aquel donde el rey impartía justicia y recibía a los dignatarios, ni uno de los templos de los principales dioses, sino una residencia. Grande y lujosa, pero no como las de los antiguos nobles tebanos y ni de lejos digna de un faraón. Horremheb era un hombre humilde y un militar austero, y en su vejez no mostraba visos de cambio.

Se notaba que la construcción partía de una vieja casa que había sido ampliada hasta lo colosal, como si los dueños preservaran el cariño y los dones que aquella vivienda original les había brindado. Se creía que el hogar poseía un ente propio y a menudo se le realizaban ofrendas en un altar. Hubiera costado menos tirar lo antiguo y levantarla de nuevo que ampliarla, pero el viejo general no había tenido dudas. Se había construido una entrada palaciega con altas y robustas columnas, que parecían custodiar e imponer al visitante hasta que las traspasaba, para descubrir una casa acogedora y cariñosa.

Paramesu se despidió de Imenimepet y el resto de los chicos que salían del otro palanquín a saltos, mirando a todas partes. Ahí estaban, además de su mejor amigo Imenimepet, Taa, Amoneminet, Paser, Moisés, Hori-Min, Bakenkhonsu, Yupa, Menna y la única chica, Isis-Nefret.

* * *

De la mano de su madre, el niño pasó por unas estancias destinadas a la servidumbre hasta un patio central con un enorme estanque donde se cultivaban desde los vulgares pero bellísimos lotos, nenúfares y papiros, las plantas residenciales que alejaban a los insectos, hasta las flores más complejas que había visto en su vida, que recibían a abejas y pajarillos de plumaje colorido.

La pequeña multitud de invitados, escribas, funcionarios, mujeres y niños, parecía no tener fin. Paramesu no sa-

bía dónde mirar, y se obligó a no seguir con los ojos los extraños vestidos, pues su madre le decía que era de mala educación, y se concentró en la casa.

Aquella estancia no respondía al patrón de construcción de un gineceo, que podía ser el harén en su versión femenina, o el kap en la masculina. Y no es que el anciano faraón renunciara a las mujeres, pues un ejército de sirvientas que mostraban más carne de lo común servía para agradar la vista tanto como las plantas, los animales o los pájaros. No pudo evitar mirar a alguna de ellas y sonrojarse.

Reconoció a su abuelo, que le hizo un gesto. Miró a su madre, y ésta sonrió, dejándolo ir. Paramesu caminó hacia él. Gran Visir de las tierras del Norte y general de los carros, entre sus muchos títulos, pasada la cincuentena, su aspecto era el de un hombre mucho más mayor, un tanto encorvado. Su pelo gris había sido rapado para aportarle majestuosidad. Las bolsas bajo sus ojos almendrados, la piel descolgada de sus mejillas, las profundas arrugas y algunas cicatrices en sus hombros y brazos, que no escondía, acentuaban la sensación de un abuelo venerable, si bien tenía fama de colérico y resolutivo en sus decisiones militares. Vestía el atuendo tradicional, el shenti, un taparrabos de lino blanco, y sandalias, con el torso desnudo, apenas deformado por una leve barriga.

Lo saludó tomando sus antebrazos, como se hacía entre soldados, sin besos ni juntar las narices, que eso era de niños pequeños, lo que gustó mucho a Paramesu, que creció un par de dedos del orgullo.

—¡Abuelo!

—Hijo mío. —Se le veía profundamente emocionado—. ¡Me alegro tanto de presentarte al mejor hombre...! A mi general, mi rey y mi amigo; el que ha cambiado mi vida, la de tu padre, y con la ayuda de Seth, la tuya. Trátalo como si fuera de la familia, puesto que no sólo le debemos todo cuanto somos, sino que en mi corazón es como un padre. Pero

trátalo con respeto, ya que no deja de ser mi viejo capitán, y los militares, por mucha simpatía que cobremos, siempre mantendremos el trato respetuoso.

* * *

Paramesu comenzó a ponerse nervioso. Aquel momento parecía tan importante que la responsabilidad lo abrumó. Encogió sus hombros y su cara palideció un poco. Su abuelo sonrió.

—No te preocupes. Sé tú mismo. Tu padre te ha educado bien.

—Sí, pero a veces dice que soy un deslenguado temerario.

Su abuelo se echó a reír.

—No temas serlo —le guiñó un ojo—, pero recuerda: respeta a tus mayores y a tus superiores en el ejército.

Señaló hacia un grupo de nobles y servidores arracimados en torno a una silla protegida del sol por un toldo y lo empujó levemente con cariño, para que se presentara solo.

Y allí se fue Paramesu con el corazón encogido, moviéndose por la inercia del empujón, sin ser consciente de sus pasos hasta que penetró en el refugio de la sombra, a unos pasos de lo que supuso eran funcionarios.

Se quedó frente al tumulto de voces, sin atreverse a interrumpir, hasta que oyó una voz ronca y grave sobresalir sobre las demás, serena y relajada, aunque sin duda autoritaria.

—Dejadnos solos.

«¿Cómo ha podido verme?», pensó Paramesu.

Aquel gentío no supo a quién se refería el faraón, hasta que éste hizo un gesto señalando a un niño, lo que pareció encrespar los ánimos en un murmullo insolente, aunque la orden se acató y el barullo se fue aclarando gradualmente hasta el silencio absoluto.